

## PUEYADAS

Cerca de veinte años de actividad artística, y casi otras tantas piezas, parecen medidas más que suficientes para que Joan Pueyo se plantee la oportunidad de una amplia revisión de su obra. Este texto va en apoyo de su propósito, incluso me resulta extraño que tal oportunidad no le fuera brindada anteriormente –con la excepción de una exposición individual ya bien lejana y orquestada por su propia iniciativa–, tal es la cohesión y personalidad que hallo en el conjunto de su trabajo. Me temo que dicha circunstancia (en definitiva de un cierto ninguneo fuera de un determinado nicho de actividad) se ha debido a su dedicación a un medio que apenas hoy obtiene cierto reconocimiento entre las jerarquías y los mediadores que gobiernan nuestro panorama artístico. Pues, aunque su obra ha obtenido una buena recepción en manifestaciones especializadas de carácter colectivo, éstas raramente han servido como plataformas de apreciación de la excelencia individual.

Pueyo inició su trayectoria artística en 1985, con un vídeo de cinco minutos titulado “Pel meu art. . .” Su arte es principalmente el vídeo –que siempre debería entenderse como un medio, una práctica con múltiples aledaños y senderos–, y Pueyo llegó hasta él desde una aproximación vocacional y emprendedora muy propia de la segunda generación de videocreadores. Antes había realizado algunos cortos en 35mm y, también a mediados de los ochenta, estableció una de las tantas pequeñas empresas que proliferaron con la pujante demanda de vídeo institucional, industrial y publicitario. Esta dedicación al oficio audiovisual la mantuvo hasta el inicio de los noventa, cuando intercambió su primer quehacer –la prestación de servicios en alimenticias producciones de encargo– por el tesón que se desprende de su obra de creación personal. . . o, en superlativo y mejor dicho, personalísima. Es decir, sus “pueyadas”.

Pienso que este bagaje suyo en las disciplinas y áreas más reglamentadas de la imagen –sus patrones, medidas y géneros–, le llevó precisamente a plantear de toda otra manera su particular acercamiento al vídeo como un campo estético abierto. No obstante, la obra de Pueyo se reconoce por un formato y unos rasgos bien propios. Sus piezas raramente exceden de cinco minutos, aunque muchas de ellas han sido concebidas como bucles y con una envoltura escultórica. Sin una atadura narrativa, su primer énfasis estriba en la imagen misma; además de en la consonancia o disonancia, armonía o cacofonía de los sonidos. Me consta, a este respecto, la meticulosidad de Pueyo en lo que se refiere a la composición, definición y cromaticidad de las imágenes que crea: sus caprichosas criaturas electrónicas. Por esta razón generalmente prefiere que sus vídeos se vean en la pequeña pantalla de un monitor bien calibrado, y en este aspecto nada a contracorriente de las tendencias predominantes en la instalación audiovisual de los últimos años, las cuales han favorecido la inmaterialidad ilusoria y ampulosa de la proyección en detrimento de la caja modular de la pequeña pantalla (el monitor o televisor).

Como tantos otros artistas hechizados por el potencial del vídeo (y sus expansivos aledaños), Pueyo ha creído siempre –y, a su manera, toda su obra lo manifiesta– en un medio con una identidad propia y bien diversa a la del cine (al menos en lo tocante a su tronco más convencional y hegemónico); por no hablar ya de la televisión, habida cuenta del rumbo tan degradado y canallesco que ha tomado. Sin embargo, su obra tampoco se acomoda a los raseros de la plástica: ni a los tradicionales ni a los que se tiene por

contemporáneos. En cierto modo remite más bien a diversas expresiones de la moderna cultura popular, y no estaría fuera de lugar hablar de viñetas, caricaturas y caprichos (electrónicos, aunque además un punto goyescos). No aspira a crear “cuadros en movimiento” (como sí han pretendido varios artistas que se han acercado o consagrado al vídeo, algunos con pretensiones bien ceremoniosas) ni a sobredimensionar el campo ya de por sí expandido de la escultura moderna. En otro plano, hay que apreciar el humor y otros sesgos maliciosos y chocantes que alían su obra y le imprimen carácter. En suma, sus referencias primeras abarcan, como él mismo me sugirió hace algún tiempo, desde el “jardín de las delicias” de Hyeronimus Bosch a los “freaks” de Tod Browning.

Su temática predilecta podría decirse, en fin, que concierne a la electrónica del cuerpo. Y no me refiero a cuestiones de representación del sujeto, pues creo que la obra de Pueyo se deleita antes en las fantasías y fantasmagorías electrónicas que no en cuestiones intelectuales y sociológicas. Sin embargo, sus mejores piezas no dejan de resultar sugerentes y afiladas en relación a los temas candentes que se desprenden de la interacción entre tecnología y sociedad. A su vez, muchos de sus vídeos pueden acogerse al género del retrato y el autorretrato. Y aún a menudo, se inscriben en el retrato familiar o de grupo, en el que diversos rasgos se combinan para perfilar y caracterizar a un monstruo entre trágico y entrañable. Otro apartado de su videografía concierne a las piezas de videodanza que ha realizado en colaboración con Maria Muñoz y Sol Picó, remitiendo igualmente a una dramaturgia electrónica del cuerpo.

En 1990, Pueyo expuso una primera recapitulación de sus creaciones en el majestuoso recinto de un antiguo depósito de aguas en Barcelona. En este contexto, hartamente insólito entonces como espacio expositivo coyuntural, Pueyo reunió y desplegó a sus anchas –de nuevo con el lema de “Pel meu art. . .”– su imaginería electrónica y las expansiones escultóricas o instalativas que inmediatamente se manifestaron en su obra. Ésta ha recibido, por lo demás, una buena acogida en festivales internacionales y en manifestaciones colectivas antológicas, e incluso en varios “agujeros negros” televisivos, además de merecer diversos premios y ayudas tal como se refleja en su currículum. Y, cuando las circunstancias se han vuelto menos gratificantes, Pueyo ha persistido en su empeño gracias a la creciente asequibilidad de las herramientas digitales, con piezas siempre coherentes con su recorrido previo a la vez que refrescantes por los elementos nuevos que algunas de ellas insinúan.

La oportunidad de una retrospectiva exhaustiva de sus pueyadas residiría ahora en la posibilidad de interconectar las diversas piezas que ha venido realizando desde mediados de los ochentas, de manera que incluso los altibajos de su obra, que seguramente los tiene –así algunos de sus vídeos han devenido piezas de repertorio o canónicas, mientras que otros han pasado hartamente desapercibidos–, produzcan una suma antes que la resta que haya podido desprenderse de una visión pasajera o aislada de sus obras aparentemente menores. (Yo respeto las querencias de Pueyo, que tiene en igual estima a todas sus criaturas.) Las propias características de dichas piezas –su brevedad, su concepción circular o en bucle, su correlación temática y formal, sus aristas escultóricas. . . – piden la posibilidad de entrar en diálogo unas con otras mediante un despliegue simultáneo que favorezca sus recíprocas conexiones, ya sean intrínsecas o delegadas en la mirada del público. Y, por fin, esta sería también la ocasión que permita una percepción fresca y una reevaluación de su obra entera.

Eugeni Bonet  
septiembre 2003